

Recibido: 5 de mayo de 2010.
Aceptado: 22 de junio de 2010.

EXTREMADURA Y YUSTE EN LA IMAGINACIÓN NORTEAMERICANA

WESLEY J. WEAVER III
State University of New York College at Cortland

Resumen

Dos de los libros de viajes escritos por norteamericanos basados en sus experiencias en España, *Iberia* (1968) de James Michener y *Spanish Recognitions* (2004) de Mary Lee Settle, comparten una característica peculiar. En ambas obras, la región de Extremadura figura en gran parte de la narración, mientras otros lugares más cosmopolitas de la península como Cataluña o País Vasco no se mencionan. En sus viajes, bien por razones históricas, bien por motivos espirituales, se sienten atraídos por diversos lugares de la comarca extremeña: Mérida, Trujillo, Jerez de los Caballeros y Yuste. Este trabajo analiza la presencia de Extremadura en la imaginación norteamericana: lugar de peregrinaje y de despojo de las vanidades humanas.

Palabras clave: James Michener, Mary Lee Settle, Extremadura, Yuste, libros de viaje.

Abstract

Two of the most famous travel narratives written by North Americans based on their experiences in Spain, *Iberia* (1968) by James Michener, and *Spanish Recognitions* (2004) by Mary Lee Settle, share a peculiar characteristic. In each of the two works, the region of Extremadura occupies a large part of the narrative, to the exclusion of other more cosmopolitan areas of the Peninsula such as Catalonia or the Basque Country. In their travels, both for historical and spiritual reasons, Michener and Settle are drawn to several key destinations within Extremadura: Mérida, Trujillo, Jerez de los Caballeros, and Yuste. This paper analyzes the presence of Extremadura in the North American Imagination: a place for spiritual pilgrimage, as well as for confronting life's vanities.

Keywords: James Michener, Mary Lee Settle, Extremadura, Yuste, Travel Narratives.

Afirmar que España ha sido desde tiempos inmemoriales un espacio exótico que cautiva la imaginación del viajero, sea cual fuere su lugar de origen, es incurrir en una obviedad. Sin embargo, merece la pena destacar el hecho de que la efervescencia que genera el misterio español ha tenido especial-

mente feliz resultado en lo que a los norteamericanos se refiere. Además, la mayoría de los viajeros norteamericanos que han escrito sobre sus experiencias en la península han sido novelistas. Pensamos en Washington Irving y sus cuentos ambientados en La Alhambra (1832), o en Ernest Hemingway que plasmó su entusiasmo por España en obras maestras de la novela norteamericana como *The Sun Also Rises* (1926) y *For whom the Bell Tolls* (1940). Sin embargo, en el presente trabajo se tratarán dos novelistas cuyas obras sobre España son relativamente más actuales. Después de una vida dedicada al cultivo de la ficción, Michener y Settle se desplazaron a este país que les había fascinado desde siempre para plasmar sus impresiones en lo que resultarían dos tomos impresionantes, *Iberia* (1968) y *Spanish Recognitions* (2004).

En 2008 se cumplió el cuarenta aniversario de la publicación de *Iberia*, el voluminoso libro de Michener. Como todas sus obras (es autor de más de cuarenta), es monumental; la edición que se maneja para el presente estudio es de unas 960 páginas. Se decía de Michener que no escribía por páginas, sino por libras, pero esto no quiere decir que su arte narrativo, sea en la novela o en el relato de viajes, se caracterice por un irse por las ramas. Al contrario, se trata de narraciones muy investigadas que por su información pormenorizada adquieren rasgos enciclopédicos. *Iberia* ha cautivado la imaginación de diversos viajeros y novelistas obsesionados con la península, y se nota su huella en las páginas de *Spanish Recognitions: The Roads to the Present*, de Mary Lee Settle, autora de numerosas novelas y libros de memorias, y cofundadora del premio PEN/Faulkner, uno de los certámenes más prestigiosos para escritores en los Estados Unidos.

A pesar de las cuatro décadas que separan la publicación de *Iberia* y *Spanish Recognitions*, época de enormes cambios en lo que a la política, cultura, economía y vida social en España se refiere, los dos libros guardan, curiosamente, una estrecha relación entre sí. Ambos son estudios bastantes exhaustivos de diversos lugares de España y la historia asociada con aquellos lugares; no obstante, ambos autores son muy selectivos a la hora de hacer su itinerario. En el libro de Michener, brillan por su ausencia lugares populares en la imaginación de hispanófilos como el País Vasco, Navarra, Asturias, o ciudades como Burgos, Granada y Ávila, estas dos últimas sí presentes en el libro de su compatriota. Settle, por su parte, además de evitar por completo el norte de España, tampoco incluye Barcelona o Valencia en su itinerario. Sin embargo, hay una fascinante coincidencia en los relatos de estos dos norteamericanos: la preponderancia de visitas a destinos dentro de Extremadura, en concreto, Badajoz, Cáceres, Plasencia, Mérida, Medellín, Trujillo, Guadalupe, Jerez de los Caballeros y Yuste. Quizás para muchos viajeros que buscan la España del Prado y del Pardo, o la playita y la movida, la elección de la comarca extremeña como escenario de gran parte

de las meditaciones españolas de estos escritores resulte incomprensible, pero es precisamente por su condición de norteamericanos que experimentan una afinidad con Extremadura, con su historia y sus protagonistas, desde los soldados romanos jubilados de Pax Emeritus, pasando por los templarios de Jerez de los Caballeros, hasta los conquistadores y su rey Carlos V.

Machado nos enseña que «se hace el camino al andar»; en el caso de Michener y Settle, se puede decir que el camino hace el andar, pues se trata de dos escritores ya mayores cuando hacen el viaje definitivo a España. Michener tiene unos 57 años en el presente de la narración de Iberia, mientras Settle, que morirá al año siguiente de publicar *Spanish Recognitions*, frisa en los ochenta y dos años. Han recorrido suficientes caminos —reales e imaginarios— para no caer en la trampa de escribir sobre lo tópico, lo *typical Spanish*. En su estudio sobre los arquetipos que existen dentro del ser humano, Carol S. Pearson señala que el del errante, el del viajero, se ejemplifica en los individuos que emprenden odiseas durante las cuales encuentran un tesoro que simbólicamente representa el regalo de su ser verdadero (pág. 51). Nos recuerda que estas odiseas, pueden presentarse no sólo como viajes exteriores, sino interiores también, y esto es clave en el caso de nuestros dos autores. Los caminos recorridos en España, millones de veces desde tiempos inmemoriales, no son el contexto sino el pretexto para sus viajes de recuentos, reencuentros y reconocimientos. Según nos explica Franco Ferrucci en su libro *The Poetics of Disguise* (La poética del disfraz), en cada obra creativa, surgen momentos de grave crisis y perplejidad que amenazan por ahogarla (pág. 11), y el trabajo del novelista es aceptar el reto implícito y crear algo original. Como Elton Glaser ha detectado en la prosa de Paul Theroux, cada libro de viajes es un viaje en dos dimensiones, el mundo exterior y el mundo interior, puesto que el lector se interesa tanto en los datos que el autor incluye como en sus reacciones (pág. 155). No se puede escribir una obra sobre España donde el enfoque se centre en el descubrimiento de lo consabido.

Son intrigantes, pues, estas vueltas a España para estos dos viajeros tan avanzados en años; un libro de viajes terminado hacia finales de la vida. La evocación del viejo maestro de todos los novelistas, nuestro Cervantes, que pone fin a su novela bizantina *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* pocos días antes de morir en 1616, es irresistible. En su libro *Cervantes clave española*, Julián Marías recoge una preciosa cita de Azorín sobre *El Persiles*: «Un deseo siempre anheloso, un deseo errante por el mundo, un deseo insatisfecho, un deseo que siempre ha de ser deseo: eso es el libro de Cervantes» (pág. 210). Para el mismo Marías, *El Persiles* «es un libro de recapitulación, el libro vicario en que Cervantes trata de salvar la vida real mediante el recuerdo y, por otra parte, lograr esa que se le fue de entre las manos, esa que no

pudo vivir» (pág. 211). Sigue Marías: *El Persiles* «se trata de las trayectorias no seguidas, no realizadas, que también fueron parte de su vida. Y son precisamente éstas las que dan significación a las otras, a las que el azar, el destino y el carácter han permitido vivir» (pág. 212). El azaroso mundo de *El Persiles* y su arte narrativo tienen mucho que ver con *Iberia* y *Spanish Recognitions*, especialmente en términos de Extremadura, pues se presenta como tema al que siempre vuelven los autores, dondequiera que estén. En el libro de Settle, que se caracteriza por un itinerario de norte a sur con observaciones históricas que no son precisamente cronológicas, Extremadura y sus protagonistas se asoman y se esconden como el Guadiana, mientras en Michener, la autonomía es su punto de arranque y de referencia para su retrato de España. ¿Por qué?

Según Ronald Primeau, en su libro con el sugerido título de *Romance of the Road: The Literature of the American Highway* (El romance del camino: La literatura de la carretera norteamericana), «en cientos de libros, películas, poemas, canciones y videos, el viaje por carretera es una búsqueda épica, un peregrinaje, un romance, un rito, que ayuda a explicar donde los americanos han estado y hacia donde creen que van» (pág. 1).¹ Aunque su libro se ocupa de los Estados Unidos, sus hallazgos son sumamente aplicables a Michener y Settle; España, y en particular Extremadura, donde nacieron aquellos que descubrieron nuevos mundos, donde cada hombre era artífice de su ventura, se perciben como la extensión de los estados unidos donde se originó ese espíritu aventurero y pionero que tanto valora el norteamericano. Si para el crítico palestino Edward Said el Oriente «fue casi una invención europea, y había sido desde la antigüedad un lugar de romance, seres exóticos, memorias y paisajes evocadores, experiencias peregrinas» (pág. 1), para el norteamericano, España es su Oriente, en términos geográficos y espirituales, un lugar donde gran parte de la cultura norteamericana se origina, un lugar a la vez familiar y extraño. A pesar de las raíces anglosajonas y de lo que las varias oleadas de inmigrantes han contribuido en la forja de la psique norteamericana, todo empieza con España. El norteamericano se considera el producto de esta búsqueda exótica que condujo al español a esa parte del mundo. Hay algo del español, de lo español que lleva dentro, que define lo que es. Michener detecta esto en España y aún más pronunciado en su consideración de Extremadura.

Para Michener, «España es la tierra sobre la que tiene que definir su actitud cualquier hombre interesado en los aspectos míticos o románticos de la vida» (pág. 11). Para Settle, «Ser un extraño en una tierra extraña,

¹ Todas las citas procedentes de fuentes escritas en inglés son mis traducciones.

como los viajeros han sido durante siglos, es mantener vivo el asombro, ver como ve un niño, retener sobrecogimiento, maravilla, asombro» (pág. 354).

Settle nos da numerosos indicios de su espíritu aventurero, desde alusiones a su infancia en las montañas de Virginia hasta su simpatía con la causa republicana durante la guerra civil española, que aconteció cuando tenía diecisiete años. Esto no sólo explica en parte la atracción que España ejerce sobre ella, sino también la peculiar elección de sus héroes españoles, individuos poco conformistas que no fueron comprendidos: Santa Teresa, Juana la loca, San Juan de la Cruz, Federico García Lorca. En la primera página de su libro, Settle establece una equivalencia muy importante para nuestra consideración de lo que significan Extremadura y particularmente, Yuste, para ella. Escribe «Me tropecé con España tan seguramente como Colón había tropezado con América, mientras buscaba otro lugar» (pág. 9). A pesar de las numerosas referencias a fuentes eruditas que complementan su relación de viajes, la predilección de Settle es ocuparse de aquellos elementos intrahistóricos que informan su visión peculiar de España. Por eso, lo que se encuentra en la lectura de *Spanish Recognitions* son opiniones que nos resultan un poco chocantes y aventuradas, de una señora que quiere ver España como una tabula rasa como los exploradores y los conquistadores vieron la tierras americanas. Quinientos años después, el viaje se reemprende en sentido contrario, y las tierras abiertas y solitarias de Extremadura serán un componente fundamental en el lienzo que elaborará.

Precisamente debido a esta afinidad que Michener y Settle experimentan con España es necesario presentar el siguiente *caveat*: cuando el norteamericano viene a Extremadura, no es para idealizarla; esto implicaría una falta de compenetración, cuando la identificación es precisamente lo que le atrae a esta tierra. Por el contrario, la actitud del visitante viene acompañada de una fuerte dosis de crítica, que se remonta a su capacidad nata de autocrítica. El norteamericano no viene para alabar, sino para confirmar no sólo aspectos de la psique española sino de la suya propia. Extremadura, el crisol que forjó tantos sueños (y pesadillas) americanos, está siempre en el punto de mira.

Para ilustrar esta simbiosis entre lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo que rige España en la imaginación norteamericana, hay que remontarse a las primeras páginas de *Iberia*. Michener abre su libro con una curiosa anécdota relacionada con su primera visita. Durante su época de estudiante en Escocia, pasó un verano trabajando como asistente de cartógrafo en un carguero que llevaba carbón a Italia y traía de vuelta naranjas valencianas para las fábricas de mermelada en Dundee (pág. 11). Atracado el barco en la costa valenciana, cerca del pueblo de Burriana (que no tiene puerto), el joven Michener observaba la curiosa manera en que las naranjas llegaban al

barco. Se mandaban barcazas a la orilla, donde los burrianos las llenaban de barriles repletos de naranjas:

«¿Por qué barriles?» pregunté, observando la maniobra con los prismáticos. «Son barriles, ¿no?» «Barriles de hierro» «¿Por qué?» «Ya verás». Obviamente, cuando las barcazas se llenaban del todo tenían que ser arrastradas al agua para que, flotando, pudieran ser transportadas a remo hacia el barco. ¿Cómo hacerlo? En tiempos de los romanos los empresarios que usaban esta costa para el comercio con Italia habían resuelto el problema. Habían criado una raza de bueyes que se adaptaba perfectamente al agua salada, y ahora, estas bestias enormes, trabajando en el mar con sólo los cuernos y ojos visibles muchas veces, reculaban hacia la orilla y allí eran encadenados a la barcaza ... lentamente, lentamente, los bueyes, casi nadando ahora ... hacían avanzar la barcaza» (pág. 15).

Sin embargo, quedaba el misterio de los contenedores:

el capitán mandó que se metiera una manguera en el mediterráneo donde el agua era clara, y luego que los marineros abrieran las tapaderas. Se abrieron todos los barriles y vi que todas las naranjas estaban partidas por la mitad. El zumo resultante no llenaba todo el barril, y el espacio vacío se llenaba ahora con agua de mar. «¿Cuál es la idea?» pregunté. «Todo se mezcla, camino a casa en Dundee», respondió el capitán. «¿Para qué?» «Preparar la cáscara para la mermelada». Había dos formas de pensar en nuestro barco. El capitán mantenía que la acción del agua salada separaba la pulpa de la cascara, dejándola transparente, tal como se requería en las mejores marcas de mermelada. Luego se desharían de la pulpa y el zumo. «Qué tontería», repuso otro marinero, «Todo en aquel barril se mezcla con el azúcar y luego se hierva para hacer aquel sabor agridulce de la auténtica mermelada de Dundee. Sin el agua salada, no valdría para nada» (págs. 16-17).

Aunque la historia de los bueyes de Burriana y los barriles de naranjas y agua salada establecen para Michener el motivo de lo inesperado e ingenioso que poblará las páginas de Iberia, también hay otra interpretación subyacente en esta fascinante anécdota: lo agridulce, lo salado, lo amargo y lo dulce; no hay mejor metáfora para describir el arte de nuestros dos escritores. Sus respectivos proyectos no tienen como finalidad contarnos las maravillas que saltan a la vista durante sus visitas a España, más bien se ocupan de aspectos bastante desagradables de la vida española del presente (Michener) y del pasado (Settle). Cualquier plaza es fea, la gente es pobre, aquella figura histórica era un cretino, el paisaje horrible. Pero cuidado, que no se equivoque nadie. No pretenden tener ese ojo crítico, soberbio, antipático que encontramos, por ejemplo, en los relatos de los viajeros ingleses remontándose a Richard Ford. Tampoco son románticos como Hemingway ni buscadores de lo exótico tipo Washington Irving. Nuestros escritores buscan rehuir lo

espectacular y lo consabido para encontrar la España esencial que subyace. Y en ambos libros, Extremadura es un lugar predilecto para meditar sobre esa España milenaria que florece, que pulula debajo de este país moderno de ciudades cosmopolitas y zonas costeras de turismo, y que sigue cautivando la imaginación norteamericana. Para el escritor mexicano Carlos Fuentes, España es el espejo enterrado, en el cual todos los americanos se reflejan.

Para Settle, la increíble tragedia que fue la guerra civil española fue el hito que despertó su interés por España (págs. 13-14). Como ha pasado tantas veces con los hispanófilos idealistas que viajan a España para encontrarse con una nación en el proceso de superar antiguas heridas y rencores, Settle se encuentra con una nueva España poblada de gente elegante y dignificada: «Paseaba por ciudades extrañas entre extraños, hasta que se hicieron no conocidos, sino reconocidos, no comprendidos sino aceptados, como se aceptan los sueños. Cuando los extraños se nos hacen familiares, estamos en casa en cualquier parte» (pág. 14). Los reconocimientos de Settle le llevan no sólo a zonas inesperadas sino a consideraciones no planeadas. Hay elementos buenos y malos, nobles y execrables que contribuyen a esta constelación, y éste es el punto de confluencia entre los relatos de Settle y Michener, especialmente en lo que Extremadura se refiere.

Michener comienza la odisea que es *Iberia* con una prolongada estancia en Badajoz, según él, una «nada ciudad, la mitad oriental vieja y destartada, la mitad occidental nueva, no teniendo nada que ver con la primera mitad» (pág. 45). Frente a la ignorancia sobre el lugar de sus compatriotas y la incredulidad de sus amigos españoles, Michener justifica su decisión de tomar Badajoz como lugar de arranque en estos términos:

No había intentado explicar [el porqué] pero había una explicación y muy buena. Cuando oía la palabra España, no visualizaba reyes ni curas, ni pintores ni hidalgos, ni Madrid ni Sevilla, sino las expansiones enormes de vacío, de tramos solitarios ocupados por un pastor solitario, la tierra dura de España alargándose hacia distancias interminables y poblada por hombres recios curtidos por los elementos... en pocas palabras, cuando pensaba en España, pensaba principalmente en Extremadura, la región brutal del occidente, de la que Badajoz era la ciudad principal (págs. 43-44).

A continuación Michener establece una importante equivalencia entre esta España dura, árida y desolada con los estados unidos del suroeste:

las zonas vacías de Nuevo México, Arizona, Tejas y California, donde el impacto español había sido enorme ... Para mí un español era un hombre como Coronado, que se había aventurado hacia Kansas en 1541. Hernando de Soto y Cabeza de Vaca eran mis españoles ... La España que yo había conocido en el suroeste de los estados unidos era una España heroica ... ser español en

esos días tempranos de Nuevo México y Arizona significaba algo, y la aproximación más cercana a aquella España en la madre patria era Extremadura ... Descubrí que la mayoría de los héroes de España que habían operado en las Américas durante la Conquista eran de Extremadura. El nuevo mundo fue ganado para España no por caballeros de Toledo ni Sevilla sino por un grupo de palurdos de pueblo sin educación ninguna, los cuales, dándose cuenta de que no tenía futuro en su patria chica dura, habían ofrecido su servicio en Ultramar, donde su valor extremeño era una mercancía muy apreciada, llevada hacia occidente por las galeras españolas (págs. 44-45).

Settle tampoco pone remilgos a la hora de describir la región de Extremadura en términos de un *locus horribilis*, pero para ella, una americana de la zona de Appalachia en la parte oriental de Estados Unidos, tiene cierto encanto. Su viaje a la región extremeña, que culminará en la visita a Yuste, se encuentra en el capítulo «Extremadura», que se ocupa en gran parte de los lugares asociados con los protagonistas de la Conquista. Ingeniosamente, establece un nexo con la reconquista, al afirmar que esa región fue una zona franca para los judíos que escapaban la persecución, debido a su aislamiento, precisamente el mismo motor que envió a tantos a buscar su fortuna en el nuevo mundo:

Estaba en la sierra de Gredos, la parte occidental de la maraña de montañas que han determinado los rifirrafes e intercambios mutuos de costumbres, perspectivas, maneras de vivir y lenguaje que han dividido España a lo largo de su historia en patrias chicas [...]

Extremadura, pobre, despreciada por tanto tiempo, una tierra baldía por más tiempo que cualquier otro lugar de España durante la reconquista, fue una de las metas principales en mi búsqueda de reconocimientos. Empecé a encontrar, mientras el camino subía hacia la patria chica de tantos conquistadores, la respuesta a una pregunta fundamental. ¿Por qué eran oriundos tantos de Extremadura?

Había sido un lugar de misterio para los romanos cristianizados y los visigodos; se situaba más allá de cualquier territorio antiguo, un fin de tierra, un finisterre para los que lo nombraron por el Duero, aquella frontera al norte.

Desde el siglo X se concebía como una tierra más allá, más allá de lo esperado, más allá de la comodidad del mundo conocido. Durante siglos fue un lugar donde lo desconocido y lo temible se manifestaron en formas fantasmagóricas. Era un lugar poseído y bendito.

Tal fue su reputación, por lo menos, una tierra fronteriza entre cristianos y moros durante mucho tiempo, acuartelada para batallas fronterizas con los moros y luego, los portugueses. La reconquista se detuvo allí en su marcha hacia el sur lo suficientemente para que aquel presente se juntara con el pasado profundo de Extremadura (págs. 142-143).

Lo que el lector aprecia en las descripciones del paisaje de Settle es la sensación de abandono, de lo eterno, de espiritualidad, de austeridad, la misma que

se confirmará en las observaciones que hace sobre las ciudades. En su visita a Plasencia se detiene en el antiguo convento de Santo Domingo, del siglo xv, ahora parador, uno de los más auténticos que había visto. A continuación se desplaza al pueblo natal de Hernán Cortés, Medellín, pero lo que le llama la atención es lo poco que ha cambiado desde tiempos del conquistador; es más, se enfoca en los muros ruinosos que según ella dan testimonio de los diversos grupos que vivieron allí. Es en este momento cuando se aprecia la preocupación principal de la autora; Medellín fue «Una ciudad que tenía un teatro y que fue muy importante durante los seiscientos años del mando romano. Cuando cayó Roma, sus piedras se utilizaron para construir casas, sus ruinas limadas por el tiempo. Era una tierra para que un hombre joven como Hernán Cortés la abandonara para buscar su fortuna» (pág. 147). En Trujillo, le llama la atención la presencia de cuatro chicos apoyados en el pedestal de la estatua de Pizarro en la Plaza Mayor, «quizás pensando en desplazarse a otro sitio, cualquier sitio, para buscar la fortuna» (pág. 147). Las cavilaciones de Settle versan sobre un tiempo cíclico, para, en última instancia, destacar la vanidad de las acciones humanas, un sentimiento que la acompaña en Yuste.

En su relación de las excursiones que habían hecho a otras zonas de Extremadura, Settle y Michener coinciden en algunas observaciones. Durante la visita de ambos a Guadalupe, perciben la gran espiritualidad del lugar, centro de siglos de peregrinaje, con su basílica resultante de la mezcla de fascinantes tendencias arquitectónicas. Asimismo se detienen en la leyenda de la aparición de la Virgen de Guadalupe al pastor Gil Cordero, para comentar la estrecha relación (y la importancia de esta estrecha relación) con su aparición a Juan Diego en México. Esta yuxtaposición de lo espiritual y lo terrenal que caracteriza su concepto de España les lleva a similares conclusiones al contemplar los cuadros de Zurbarán en la sacristía. Ambos, específicamente, comparten un gran entusiasmo por el retrato del padre Illescas; para Settle refleja lo pío en lo cotidiano que santifica al individuo (pág. 166). Michener, por su parte, afirma que si se hubiera exhibido en un lugar más concurrido, ya habría sido considerado una obra maestra de la pintura universal. En ambos casos, el enfoque está en lo espiritual.

Hay, sin embargo, una divergencia de opinión en cuanto a sus respectivas visitas a Mérida y Jerez de los Caballeros. En el libro de Michener, la ciudad romana motiva una larga meditación sobre el Imperio romano; al contemplar el puente, según él, la joya de la ciudad por mucho teatro y museo que haya, observa que la ciudad en sí tiende un largo puente entre milenios en cuanto al carácter guerrero y valiente del pueblo se refiere. Por ejemplo, la Plaza de Toros, nos explica, se construyó encima de lo que era antiguamente el templo de Mitra, donde los soldados romanos practicaban

el sacrificio de toros, con el fin de bañarse en la sangre que les haría invencibles en la batalla. Michener observa que «en el mismo lugar donde esos sacrificios ocurrieron, hoy en día otros toros de la misma raza se sacrifican por razones emocionales semejantes: su poder misterioso confiere inmortalidad a los que lidian con ellos y a los que participan en el espectáculo» (pág. 83). Para Settle, en cambio, la visita a Mérida le inspira una diatriba contra los deportes violentos e inhumanos que este imperio supuestamente civilizado practicaba en la maravilla arquitectónica que es el anfiteatro. Llega a la conclusión de que «Las corridas de toros ... pueden derivarse de estos juegos, pero hay una diferencia. Hoy el toro pierde mucha sangre y está ya medio muerto después de recibir el puyazo del picador, lo cual impide que levante la cabeza aún antes de que entre el torero» (pág. 204). En pocas palabras, la corrida de toros refleja una supervivencia acrónica de una natural violencia que se remonta a tiempos inmemoriales. Settle no comparte esa visión de la Roma gloriosa que contempla Michener; para ella, además, esta violencia natural también contribuyó a la destrucción de Mérida. En una sociedad donde el culto a la sangre y a la violencia era una de sus bases, eventualmente acaban triunfando estos valores sobre lo más civilizados. Según Settle, esto contribuyó a la creciente anarquía que reinaba en Mérida, y al abandono de la ciudad por parte de los patricios, que facilitó eventualmente su ruina a manos de los suevos (pág. 209). Para ella, Mérida es otro ejemplo más de cómo cada imperio lleva dentro las semillas de su propia ruina.

Otro lugar extremeño donde hay una apreciable diferencia de visión es Jerez de los Caballeros. Ambos escritores se desplazan hasta allí para buscar las raíces de Núñez de Balboa y de Soto. Una vez más Michener cavila sobre la «deuda contraída con este pobre extremeño que se fue de aquí para triunfar en el Nuevo mundo» (pág. 104), pero lo que le llama la atención sobre todo es el relativo abandono que hay en el pueblo, que todos los hombres se han ido a buscar la fortuna en Alemania. El escritor concluye que es un lugar donde nace la ambición y se crea el desengaño:

Dondequiera que fuéramos en aquel pueblo, la misma historia se repetía. «Él se fue a Alemania», y medité sobre el hecho de que en la edad dorada de España los extremeños se desplazaron para México y Perú para construir civilizaciones allí y nada de su trabajo benefició a España; ahora sus descendientes se iban para ayudar en la reconstrucción de Alemania, pero no la de España y la energía creativa de la tierra era pervertida una vez más (págs. 112-113).

Si el signo de Jerez es para Michener el abandono, para Settle es el ascético lugar de retiro santificado para siempre por la experiencia de los templarios. En su recorrido por el pueblo, Settle se encuentra de pronto atraída por

la historia profunda del lugar, mucho más allá de la de los conquistadores: «siempre me ha dado un poco de vergüenza», nos confiesa, «ese talento que tengo de sintonizarme con lo que los demás llaman pasado y yo llamo presente, como si estuviera aquí parada dentro de un lugar vivo y no un espacio vacío un domingo por la mañana» (pág. 177). Se encuentra precisamente en la Torre Sangrienta, donde habían muerto los últimos templarios de Jerez, asesinados por fuerzas reales que buscaban echarles, quizás por codicia, por envidia, quizás por el hecho de que muchos de ellos eran leprosos. Nos encontramos, pues, ante la trágica historia de una tierra abandonada que se reencuentra, sólo para perderla poco después. En Jerez de los Caballeros se presenta una importante variante sobre este motivo de una historia que no perdona, que castiga, hasta a aquellos que buscan su refugio allí. En todo caso, como una jerezana recuerda a Michener, «Los hombres siempre vuelven a Extremadura» (pág. 115). Esta observación resume mejor que ninguna otra lo que supone Extremadura para estos dos escritores, un espacio mítico más allá de las preocupaciones terrenales del dinero y lo material, y estos valores se ejemplifican en Yuste.

La experiencia de Michener en Yuste no se encuentra en su largo capítulo sobre Badajoz y Extremadura, sino dentro de aquel que versa sobre Toledo. Quizás por motivos de proximidad (recordemos que Michener escribe en los años sesenta, mucho antes del sistema de carreteras que tenemos hoy), quizás por la asociación con lo imperial que le proporciona la majestuosa ciudad de El Greco, un día decide volver a Extremadura para conocer el real sitio de Yuste:

Conduje en dirección norte desde Toledo a la carretera Madrid-Badajoz, que lleva el tráfico que va para Portugal. Luego giré a la izquierda para Talavera de la Reina, un feo pueblo comercial, centro de la industria de cerámica de España y recordado para la posterioridad como el lugar donde Joselito, príncipe de los toreros, recibió una cogida mortal el 16 de mayo de 1920. Al oeste de Talavera, fui en dirección norte a la sierra de Gredos, pero antes de entrar en ella, doblé hacia el oeste y conduje por unas estribaciones unas cincuenta millas por un paisaje desolado y austero. Qué deshabitada está la mayoría de España (págs. 181-182).

Como veremos también en Settle, destaca lo ascético, lo espiritual, por encima de lo espectacular. La evocación de Joselito anticipa, quizás, la yuxtaposición de gloria y muerte, de *vanitas*, que sentirá en Yuste. Al llegar allí, nos indica que el monasterio se sitúa en un «camino polvoriento ... que no llega a ninguna parte», y que el edificio principal es «bajito y austero, sin ningún atractivo», y todo el lugar le parece «remoto, aislado, gastado, y nada llamativo» con «jardines descuidados» (pág. 183). Como dando cierta autoridad a sus impresiones, la visita del norteamericano coincide con la

llegada de dos curas de Francia, que corroboran nada más llegar el mal estado del camino que los llevó y la soledad del entorno (es muy sugeridor el valor simbólico de ese mal camino que conduce a Yuste). Uno de los franceses comenta sobre la ironía de la situación: «Divertido. Un americano que no tiene relación con [Carlos V]. Dos franceses que pelearon con él a lo largo de su vida. Nos reunimos aquí para rendirle homenaje. Vaya lugar tan miserable» (pág. 184). El chauvinismo del francés no encubre la importancia del encuentro. Unos súbditos de dos superpotencias de nuestro tiempo juntos en el asilo del rey de la primera superpotencia de la época moderna: es un testimonio sobre la vanidad de la vida, de cómo toda la existencia humana es, al fin y al cabo, pérdida. Michener relata cómo el emperador llegó a Yuste con dinero, objetos de arte, un séquito impresionante, y de cómo mandó construir un lago artificial para la pesca y se hartó de las succulentas comidas que le preparaba su cocinero particular, que sólo sirvió para agravar la gota que ya sufría agónicamente. Es con este retrato desmitificador del emperador, con gota, adicto a los boquerones, con el que se identifica el escritor norteamericano, al fin y al cabo, un anciano más, necesitado de la paz de aquellos lares para aprender de sus errores y hacerse a la idea de la muerte. Para Michener, Yuste y su ilustre inquilino son el cúmulo del concepto que tiene sobre esa España tan enigmática y contradictoria que le obsesiona desde siempre: «Las ideas de Francisco de Francia y Enrique de Inglaterra florecieron en los grandes imperios mientras las de Carlos se marchitaron en un desastre nacional. Estos son los pensamientos que atormentan al viajero en el monasterio de Yuste» (pág. 186).

Los primeros atisbos que tenemos de Carlos V en el volumen de Settle tampoco se detienen en lo grandioso, sino más bien en su condición de extranjero en su propia tierra:

Nunca había estado en España. No hablaba español. Era un chico feo, torpe, larguirucho de dieciocho años, arrancado de maestros titiriteros que le habían educado en la corte de Flandes ... Vino a España por primera vez en su vida no para regir, sino para explotar, tal como le habían mandado. Al fin y al cabo, sólo habían transcurrido unos quince años desde la muerte de Isabel, y dos años desde la muerte de Fernando, y los Reyes Católicos habían dejado unas ganancias increíbles para un nuevo régimen. El nuevo mundo prometía riquezas, el comercio de lana de Castilla prometía aún más. Sus pretensiones como rey eran completamente fraudulentas, puesto que su madre todavía vivía. Sus consejeros eran incompetentes, la elección de este niño estúpido como el Emperador Carlos Quinto del Imperio Sacro Romano fue costeada por Segovia y otras ciudades de Castilla (págs. 50-51).

El retrato poco generoso que da Settle del César español sólo se aprecia en todo su alcance por la enorme simpatía que siente hacia Juana de Castilla,

que ocupa la mayoría del capítulo que dedica a su viaje a Tordesillas. Con semejante desprecio por su hijo, la pregunta se impone: ¿por qué se molesta en ir a Yuste? En el monasterio, Mary Lee Settle, como en el caso de James Michener, encuentra las consecuencias y el colofón de esta España peregrina, errante, siempre camino a otro lugar, que la convierten en una brillante paradoja no exenta de cierta justicia poética.

Para Settle, Yuste se transforma en el escenario de la espiritualización de Carlos V. Los apacibles entornos le alejan del mundanal ruido, y se prepara para la muerte. Leemos:

Al llegar Carlos a Yuste, era un hombre agotado, vencido y moribundo con pocos amigos, terribles remordimientos, y una gota agonizante que le alejó del único placer que le quedaba: la comida. Su bella, querida mujer había muerto desde hacía años. Parece que no le importaba mucho su fanático hijo Felipe. Comenzó a regalar el imperio más grande desde Roma, más grande aún porque América se había convertido en su principal fuente de ingreso después de la ruina de Castilla (pág. 151).

Mientras Michener se detiene en la figura humana del ascético emperador, el retrato que surge de la visita de Settle a Yuste se enfoca en lo que queda siglos después de su muerte, con el énfasis en lo transitorio, lo que pasa, lo que queda:

Los monjes han tratado de mantener [el monasterio] en el mismo estado que tenía cuando el emperador estaba allí. Las habitaciones donde vivía eran tan pequeñas que cuando entré con un pequeño grupo de quizás diez personas, casi no cabía nadie. La primera habitación era oscura, un tipo de habitación para recibir invitados. El guía hablaba en español y intenté deducir el uso de la habitación. Había una mesa de comedor allí. Había tapices de una tela oscura que dio un aspecto enlutado a la habitación. La única silla que había era una silla de ruedas que usaba Carlos V porque padecía de la gota, para que le transportaran de un lugar a otro cuando ya no podía caminar. Le empujaban al laguito para pescar, por los senderos en los alrededores del monasterio para respirar el aire de las montañas, o dentro, para observar los múltiples ensayos para su misa funeraria [...] En este santuario, hay soledad y paz... (págs. 152-153).

El patetismo manifiesto en la descripción del entorno, la desolación y abandono que siente Settle presentan un impresionante contraste con las intrigas y tejemanejes de que se ocupa en otros lugares de *Spanish Recognitions*. Aquí en Yuste, sólo experimenta una sensación de vacío en la que no cabe la especulación o la fantasía:

Me acuerdo de dos habitaciones: quizás había otra en los aposentos del emperador, pero no deja ningún lugar para que mi mente yerre. Su habita-

ción, con su cama de madera tallada, cortinada en negro, hizo que el lugar pareciera opresivo, sofocante, su sonido y luz apagados. En la pared, donde los podía contemplar, había dos cuadros, su mujer ... y la Reina Juana de Castilla, la madre que él había mantenido encarcelada por más de cuarenta años (pág. 153).

Settle capta la sobria ironía de la situación de Carlos V en el monasterio; carcelero de su madre, él mismo encarcelado (si no sepultado) en Yuste, retirado del mundo y de la gloria de la que tampoco disfrutaba ella. Settle, como Michener, encuentra en Yuste un lugar bello, pacífico, melancólico, que invita a meditar sobre lo ilusorio de la fama, el poder, la riqueza y la ambición. Concluye el capítulo con la observación de que la zona contigua a Jarandilla ha adquirido una parecida reputación de lugar ascético, aunque en un contexto moderno: aquí se aprecia la supervivencia del *beatus ille*, del menosprecio de corte y alabanza de aldea, para aquellos que escapan la vida ajetreada de las modernas ciudades españolas para pasar el fin de semana o las vacaciones en las parcelas que se sitúan allí.

Tanto en *Iberia* como en *Spanish Recognitions* no se puede subestimar el valor que tienen Extremadura y sus lugares históricos, especialmente Yuste, para la meditación de sus autores. Ambos parecen ir en sentido opuesto; Michener, hacia adelante mediante una fuerza centrífuga basada en la digresión que le producen estampas de la historia de España de todo tipo, Settle, en un viaje a la semilla que le lleva eventualmente al muelle de las carabelas de Palos, a través de un fascinante juego de libres asociaciones en el que su visión del conjunto es parecida a un gran mosaico. Creo que la clave de su concepto de España no reside en lo que ha sido, sino en lo que sigue siendo y las lecciones que da este viejo país tan joven. Michener, escribiendo cuatro décadas antes, con la crisis de los misiles de Cuba apenas asimilada y Settle, consciente de un mundo a borde de la catástrofe (hay alusiones a Osama bin Laden, pero el libro parece haberse acabado justo antes del 11 de septiembre de 2001) tienen muy presente los paralelismos entre la España de Carlos V y los estados unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Que todos los imperios, tantos reales como imaginados, tuvieran la misma suerte que España, parecen decirnos.

Esto es Yuste, esto es Extremadura, esto es España para la imaginación norteamericana, ésta, teniendo más de un punto de confluencia con la imaginación de los que se marchan de aquí, y de los que vienen aquí para vivir, o para morir. Ha sido y sigue siendo parte de un inmenso lienzo sobre el que se explayan las más diversas fantasías, bien para poblarlo con relatos bizantinos, sueños de gloria, contemplaciones del más allá, bien para reducirlo a la ascética blancura del desengaño y la expiación. Es un lugar místico, de fantasiosos vuelos al vacío, musa de desplazamientos, Penélope a

la que se ha de volver para volver a encontrarse con la esencia del ser. Yuste, Extremadura, España: lo que se evoca en los textos de Michener y Settle, en la imaginación del también aventurero americano, es una confabulada serie de retratos en un retablo mayor o átomos de lapislázuli de un precioso mosaico, en ambos casos, visiones plasmadas que se borran por el tiempo, con el tiempo, para volver a plasmarse, llenarse nuevo, como si fueran la encarnación de una larga meditación sobre la vanidad de la vida.

Bibliografía

- FERRUCCI, Franco, *The Poetics of Disguise: The Autobiography of the Work in Homer, Dante, and Shakespeare*, trad. Ann Dunnigan, Ithaca, Cornell University Press, 1980.
- GLASER, Elton, «Paul Theroux and the Poetry of Departures», en Michael Kowalewski (ed.), *Temperamental Journeys*, Athens, University of Georgia Press, 1992, págs. 153-163.
- MARÍAS, Julián, *Cervantes clave española*, Madrid, Alianza, 1990.
- MICHENER, James, *Iberia: Spanish Travels and Reflections*, New York, Fawcett Crest, 1968.
- PRIMEAU, Ronald, *Romance of the Road: The Literature of the American Highway*, Bowling Green, Bowling Green University Popular Press, 1996.
- SAID, Edward, *Orientalism*, New York, Vintage, 1979.
- SETTLE, Mary Lee, *Spanish Recognitions: The Road to the Present*, New York, Norton, 2004.